PRESENCIA

FRONDIZI, UNA ESPERANZA NACIONAL

Una nueva etapa —etapa difícil— se abre en el país. PRESENCIA quiere estar presente y contribuir con su opinión moderadora a alentar aciertos y a prevenir desaciertos. En otras dos ocasiones hemos salido a la luz pública. En 1948-51, en el momento preciso en que el peronismo emprendía su camino más peligroso, que debía conducirle a su ruina y a la ruina del país; y en 1955-56, en que la Revolución Libertadora se internaba por la falsa y desviada senda del revanchismo y de la entrega. Desgraciadamente, en las dos ocasiones acertamos totalmente en prever y denunciar los graves males que debían descargarse sobre la comunidad nacional como consecuencia de esa torcida acción política. No hicimos más que dar la voz de alarma. Cuando los hechos arreciaron confirmando nuestra denuncia y mostrando que no había posibilidad de rectificación, preferimos imponernos silencio para no convertirnos en repetidores sistemáticos de cansadas críticas o aparecer empeñados en una política de partido.

Pero hoy, con la asunción del poder por el Presidente Frondizi, se abren al país anchas posibilidades que, si llegaran a malograrse, nos sumirían en situación harto desgraciada y, por el contrario, de aprovecharse, nos permitirían dar el salto que necesitamos para nuestro crecimiento y desarrollo.

Breve balance de la Revolución Libertadora

Hoy, después de dos años y medio de actuar en el gobierno, resulta inconfundible el carácter de esta Revolución Libertadora que tomó por asalto el poder en la fatídica fecha del 13 de noviembre. Aparece claro que con ella una logia masónica logró adueñarse de todos los resortes de nuestra vida pública, con el propósito de destruir sistemáticamente nuestro ser nacional y entregarnos indefensos a las obscuras fuerzas internacionales. Partiendo como de axioma inconcuso de que todo lo nacional y popular es bajo y ruin, se llega a la conclusión de que debe ser reemplazado por la civilización que nos viene del extranjero. Se intentó así repetir una vez más la experiencia que consumó la logia mitrista después de Caseros.

Y para civilizarnos, esto es, para convertirnos a la "democracia y libertad" no se retrocedió ni ante el crimen, sembrando la confusión y el caos en un país ya harto convulsionado por los últimos años del gobierno de Perón. Y no hubo plano de nuestra actividad nacional que no fuera trágicamente trastornado.

Para cumplir este plan, se comenzó por anarquizar las fuerzas armadas, cuyos puestos de comando se entregaron a hombres confabulados en la política de destrucción y entrega. Afirmados en el poder, mediante el control de las fuerzas armadas, se desarrolló esta acción destructora en lo espiritual, lo gremial, lo económico y financiero, lo social y lo político. En lo espiritual, la logia masónica desató una furiosa campaña de laicización de la cultura y educación. La Universidad quedó entregada discrecionalmente a grupos sectarios que desalojaron a los profesores de la línea nacional y se repartieron sus cátedras. La enseñanza media y primaria se enderezó a socializar la mentalidad de niños y adolescentes con planes de enseñanzas positivistas, impartidas por profesores ateos y socialistas. El monopolio escolar se mostró intransigente, a pesar de su clara factura totalitaria. Con la libertad en los labios se desarrolló en gran escala una violación de los derechos de los padres y educadores católicos. El hecho es que, bajo la Revolución Libertadora, el país soporta una fuerte ola de disolución de las inteligencias y de las costumbres.

Mientras se cumplió esta acción disolvente en las capas más profundas de nuestra realidad humana, lo que ha de determinar efectos deletéreos a medida que transcurra el tiempo, se llevó otra en la superficie de la sociedad. Contra las fuerzas laborales se desató una ofensiva de división y de anarquía entre dirigentes y sindicatos. Se intervino la Central Obrera. Se intentó por todos los medios entregar ésta y los sindicatos al dominio de minorías socialistas.

El desorden en el plano gremial ha traído un desorden consiguiente en el plano de la producción económica. Huelgas, sabotaje, trabajo a desgano, han determinado una menor producción, la cual, a su vez, se ha traducido en una suba del nivel de precios. Por otra parte, nuestra situación económica se ha hecho insegura e inestable, porque, al parecer deliberadamente, ha sido manejada en contra de los intereses del país. No se han defendido los precios de nuestros productos de exportación. Y así, mientras se ha incrementado el volumen de nuestras exportaciones, sin defender los precios, ha bajado sensiblemente el valor de las mismas. Tampoco se ha practicado un razonable control de nuestras importaciones en función del desarrollo de la economía nacional. Y al cabo de dos años de la desastrosa política económica practicada por la Revolución Libertadora, el país se ha visto privado de sus reservas de oro y de divisas con que hacer frente a un eventual déficit de la balanza de pagos. Por otra parte, la situación de nuestra industria nacional se ha hecho insegura, al carecer de base sobre la cual obtener materias primas y aparatos técnicos indispensables para su marcha, reposición y desarrollo. En otro capítulo, habría que consignar que la producción petrolera nacional, que nos economizaría un fuerte monto de divisas, se ha visto dificultada por causas realmente inexplicables. Sin ningún justificativo, se ha demorado la licitación de los oleoductos y gasoductos de Campo Durán. El programa energético ha sido igualmente demorado. Todo parece haberse llevado en forma tal de producir la quiebra de la industria y de la economía nacional.

La desastrosa conducción económica ha determinado una notoria alza del costo de la vida que, con la congelación de salarios decretada por el gobierno provisional, reduce los hogares de las clases asalariadas a una condición de severo apremio económico. Condición tanto más injustificable cuanto contrasta con el bienestar de las clases sociales económicamente más favorecidas. Ello es más grave en la medida en que hace más honda la división entre los sectores populares y los favorecidos, división ya creada y estimulada por otras razones de política.

Estos trastornos espirituales, gremiales, económicos y sociales debían repercutir en el campo político, el cual, a su vez, tenía que sufrir serias perturbaciones por la acción directa del gobierno, empeñado en un plan que contrariaba la voluntad de la nación. Es claro que el grupo gobernante ha excogitado, dentro de una apariencia de legalidad, toda clase de medios para continuarse en el poder. Con el pretexto de "democracia" y de "federalismo", ha intentado desintegrar el país fraccionándolo en múltiples centros de poder y de partidos, de manera que la responsabilidad de la conducción pública se diluyera en minorías sin representación. Todos los intentos fracasaron, como fracasaron la Junta Consultiva y la Convención Constituyente. Como recurso último se recurrió al montaje de la candidatura oficial, en favor de la cual se volcaron los inmensos recursos que maneja el Estado. También este plan fracasó.

Nuestro pueblo ha tenido la sensatez que ha faltado al gobierno, y el 23 de febrero infligió en las urnas un severo castigo a nuestros gobernantes, dando el triunfo al candidato que, en las presentes circunstancias, ofrecía más seguras garantías a la causa nacional. Ante el ruidoso fracaso del gobierno, resulta anacrónico insistir sobre el pasado de estos últimos años. Sólo interesa examinar las posibilidades que se le abren al país el próximo 1º de mayo.

Posibilidades de Frondizi

La democracia real ha vencido a la democracia ideológica y jacobina. Pero el país está desquiciado, como surge del *Breve balance de la Revolución Libertadora*. Y las fuerzas derrotadas en febrero no se avienen con su derrota sino que han comenzado con toda premura un plan de apuramiento del fracaso del país que haga imposible todo gobierno de los veinte millones de argentinos.

Ante esta situación, Frondizi surge como una esperanza. Pero hay que preguntarse cuáles son las posibilidades que ofrece Frondizi para responder a esta esperanza nacional. Porque, hasta una fecha relativamente reciente, Frondizi aparecía a los ojos de la ciudadanía como un militante político que venía de la izquierda ideológica, con mentalidad fubista, de tinte marxista o filocomunista. En realidad, era un elemento representativo de la juventud radical que después del 30 inició un nuevo tipo de radicalismo, con planteos avanzados en el campo social e ideológico. Laicistas en lo espiritual, antiimperialistas en lo económico, eran hombres formados en la literatura de izquierda con pensadores comunistas o marxistas. Cuatro notas podían caracterizar

esa mentalidad, lo democrático, lo nacional, lo popular y lo marxista, teniendo su tipo representativo en el intelectual que tomó partido con el sector rojo de la guerra civil española.

Pero había en Frondizi un aspecto que no tuvo oportunidad de destacarse lo suficiente a los ojos de sus conciudadanos. Esta oculta faceta era un fuerte sentido de la realidad. Y cuando sus aspiraciones a la presidencia de la República cobraron visos de viabilidad, Frondizi se percató de que, para que ellas se concretaran, le era necesario superar estrechos y sectarios cuadros y adecuarse a la realidad nacional. Hablar de realidad nacional importa referirse a las grandes fuerzas institucionales que impulsan nuestro ser nacional y, de entre ellas, primeramente a la Iglesia y a las Fuerzas Armadas.

Frondizi, sin abandonar su radicalismo intransigente, pero superando sus estrechos cuadros, se ha colocado en situación de hacer un gobierno para la nación argentina. Sobre esta base hizo, casi personalmente, su campaña política, acompañado del dinámico y lúcido grupo de la revista *Qué*.

Frondizi vió claro lo que quedó en evidencia después de las elecciones para constituyentes: que con el caudal de su radicalismo no podía ganar en febrero a sus enemigos. Por otro lado, estaban vacantes las fuerzas nacionales y populares, que aguardaban al candidato por quien dar su voto.

Frondizi ejecutó la operación con maestría maravillosa. Y cuando unos meses antes del acto electoral de febrero recibió el apoyo del movimiento nacional, Frondizi se perfiló como el candidato triunfante. Ese apoyo del nacionalismo, en tales circunstancias, cualquiera sea su expresión en número, tuvo la virtud dinámica de transformar a Frondizi de hombre de partido en figura de proyección nacional y, en consecuencia, de acarrearle los votos de todos los que se colocaban en la línea nacional y popular. Frondizi se configuró como el portaestandarte de esa línea, no del todo definida, que, a través de nuestra historia, mantiene nuestro acervo nacional, frente a la del bando opuesto, que sistemáticamente trama nuestra entrega al extranjero y que en las presentes circunstancias estaba representada por la candidatura que sostenían los hombres de la Revolución Libertadora.

Es claro que esa fuerza nacional estaba formada por hombres que venían de muy diversos y encontrados horizontes y que sólo se conjugaban en un hombre en razón de la coyuntura en que estaba colocado el país. Es claro también que ese hombre demostró su realismo político al prever sus posibilidades en la presente coyuntura y demostró asimismo su tacto político al constituirse en artífice de esa conjunción de fuerzas que le mereció el triunfo.

Frondizi ha demostrado tener grandes condiciones para el gobierno del país. Clarividencia de la realidad política, es decir de la realidad nacional y de sus estructuras, conocimiento de sus problemas y de sus hombres, voluntad, junto a una prudente cautela, para llevar a cabo lo que se propone.

Frondizi tiene capacidad para cumplir un gran gobierno. Por otra parte, el país, cansado de años de conmoción interna, quiere paz y está dispuesto a colaborar con él en un vasto programa de desarrollo de las posibilidades nacionales. Pero los enemigos no duermen ni se van a dar por derrotados, y cuentan con medios poderosos. Aunque electoralmente minoría, manejan los factores claves del poder. En sus manos tienen los centros nacionales e internacionales de la economía, educación, propaganda y opinión pública. Pueden dar en un momento dado la sensación de que todo el país está con ellos. Además, tienen poderosas conexiones con las fuerzas armadas.

A nadie se le oculta que estas fuerzas de poderío colosal han hecho lo imposible para derrotar a Frondizi en las urnas; fracasadas en este intento, tratan de retener todos los factores de poder para tenerle prisionero cuando asuma el gobierno.

La ruina del país no les interesa con tal de que sucumba Frondizi y la causa por él representada.

Condiciones de una política acertada

La situación de Frondizi ofrece grandes garantías a la esperanza que en él ha depositado la mayoría que le llevó al poder, pero es sumamente difícil y exige de él especial habilidad para sortear las graves dificultades que le esperan.

En primer lugar, las fuerzas que le han dado el triunfo están trabajadas por tensiones profundas, difíciles de vencer. Dentro de la U. C. R. I. existen dos tendencias; la una, que quisiera imponer la política del partido y la otra que se inclina por una política de frente nacional. Más bien pudiera decirse que en la U. C. R. I. domina la política de partido, frente al grupo de la revista *Qué*, que ha sido el artífice del frente nacional. Pero aún el frente nacional está trabajado por una tensión profunda, entre los que vienen de la línea izquierdista y comunizante y los que vienen del nacionalismo tradicional, que son de inspiración católica.

Por otra parte, tanto la U. C. R. I. como las dos tendencias nacionales no pueden armonizar plenamente con las fuerzas peronistas que han tenido acción tan decisiva en el triunfo de Frondizi. Es verdad que por ahora esta última tensión está en cierto modo anulada por el apoyo sensato que ha dado el mismo Perón a la consolidación del gobierno de Frondizi.

Para Frondizi es fundamental mantener la unidad de las fuerzas que le han dado el triunfo. Sólo puede y debe prescindir de los comunistas, aunque más no fuera porque éstos, con su apoyo, más lo han perjudicado que ayudado.

Frondizi ha de buscar superar la tensión de fuerzas, manteniéndose él mismo en un plano superior, por encima de los grupos en juego, y tratando de asegurar cierto equilibrio. Hasta ahora se ha mostrado hábil en esta política de equilibrio. En segundo lugar, ha de tratar de trasladar la situación de tensiones, que en gran parte se debe a la posición ideológica de los diversos grupos, a un encuentro de intereses entre las fuerzas asalariadas y las empresarias. Como primera medida de gobierno, Frondizi ha de entregar los gremios y la C. G. T. a las autoridades que surjan de su propio seno, reconociendo completa autonomía a los trabajadores. Ha de estimular paralelamente la organización de las fuerzas empresarias.

Pacificadas las fuerzas productoras, habrá que interesarlas seriamente en un vasto plan de desarrollo económico del país. Fácil le será a Frondizi esta tarea, que ha de tener ya suficientemente estudiada.

Consideramos condición indispensable de acierto para el gobierno de Frondizi hacer girar su política, como sobre punto fundamental, sobre una dedicación a fondo de todas las fuerzas económicas —previamente armonizadas— en un levantamiento del producto nacional, lo que proporcionaría en un plazo no lejano la posibilidad de una mayor renta redistribuída entre los diversos grupos sociales. En este punto podrán coincidir todos los sectores de la población y prestarle su apoyo. Pero también habrá de prestarle atención importante al problema político y al problema espiritual.

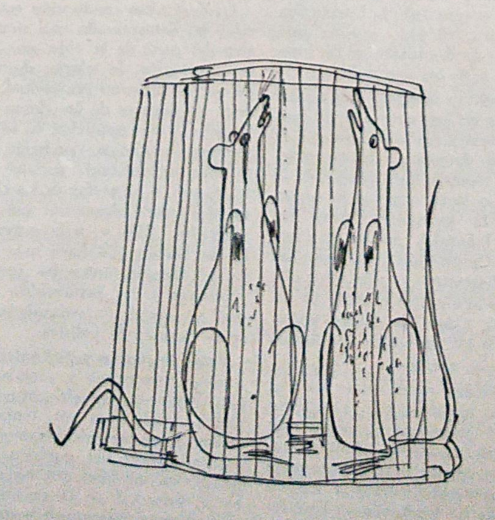
En lo político ha de hacer valer su autoridad y sus recursos frente a la U. C. R. I. para hacer una política sinceramente nacional. Aquí encontramos una de las mayores dificultades de su gobierno, pero que su sagacidad sabrá superar.

En lo que se refiere a lo espiritual, Frondizi ha tomado ante el pueblo argentino, en su campaña electoral, el compromiso de estimular la familia legítima y fomentar su unidad y estabilidad; de asegurar a todos los argentinos el acceso a la educación y el derecho a elegir el tipo de enseñanza que prefieran para sí o, como padres, para sus hijos; de mantener en las tradiciones del país las relaciones del Estado y la Iglesia. La Mesa Directiva del Comité Nacional de la U. C. R. I. ha hecho público que estas declaraciones forman parte del compromiso asumido por el partido ante el pueblo argentino. El cumplimiento de estos compromisos dará satisfacción a los importantes núcleos católicos que brindaron su apoyo al nuevo presidente y tendrá la virtud de imprimir un sello espiritualista a una gestión que está expuesta a caer en el materialismo.

Peligro del nacionalismo marxista

Aun cuando la acción gubernamental en la persona del Presidente se desenvuelva dentro de estos lineamientos, creemos corresponde denunciar con toda claridad el peligro que se advierte ya en el panorama nacional. El país se encamina en forma que nos parece cada día más insoslayable a lo que hemos denunciado, desde estas mismas columnas, por vez primera en diciembre de 1950, como un nacionalismo marxista. Entonces nos referíamos concretamente a la penetración efectuada dentro del peronismo por grupos comunistas trotzkistas del tipo *Argentina de Hoy* y *Clase Obrera*. Hoy este peligro se ha ensanchado y abarca vastos sectores de los que integran la línea nacional y popular. Esta línea está integrada por dos gruesas corrientes, la que viene de la U. C. R. I. y la que viene del peronismo. Y ambas están trabajadas muy profundamente por este nacionalismo marxista. La U. C. R. I., con sus ideas de antiimperialismo, laicismo y socialismo económico, está empujada en esta dirección desde antes de la Declaración de Avellaneda y a ella le lleva, por otra parte, el grupo destacado de ideólogos marxistas que actúa dentro de sus cuadros dirigentes. La corriente que viene del peronismo regida por el Comando Táctico también está accionada en esta dirección; y dentro de ella, tanto en el campo político como en el gremial, trabajan activamente células trotzkistas o titistas o tipo Gomulka.

El mismo nacionalismo católico,



"Si la tran panolastrapa"

Aunque el queso se comieron su trampaza los trapó

que hasta ahora había actuado muy eficazmente como fuerza dinámica anticomunista, se ha dejado contagiar en parte por el marxismo, como lo revelan ciertos contactos con la efímera publicación "Nacionalismo marxista".

Mientras el nacionalismo marxista avanza desde todas direcciones, amenazando manejar la línea nacional y popular y aun los mismos resortes del poder, por el otro lado, por el sector anticomunista, se advierte un como aflojamiento o declinación y como si se hubiera apoderado de los ánimos el convencimiento de que el triunfo del marxismo se hubiera hecho inevitable. El hecho es que las dos grandes fuerzas anticomunistas del país —la Iglesia y las Fuerzas Armadas— están perdiendo el favor popular y que, de ello continuar, ya no habría entre nosotros apoyo sólido para un movimiento que contrarreste el avance del marxismo.

Apoyo a Frondizi pero alertados

Hemos expuesto con franqueza esta amenaza del nacionalismo marxista que coincide con el gobierno de Frondizi para que aparezca con claridad la situación nueva en que entra el país.

Con Frondizi Presidente el país inaugura un nuevo acondicionamiento sociológico. Estamos lejos no sólo de la vieja oligarquía, y del gobierno de Yrigoyen, y de los de Alvear y de Justo y Castillo, sino aún del gobierno de Perón.

Entramos en una etapa inédita. El nuevo Presidente, hijo de inmigrantes, salido de la clase media, formado en la Universidad reformista —Universidad fubista—, es expresión, por sus antecedentes, de toda una generación representativa que puja por imprimir al país una fisonomía también reformista.

Decimos esto sin formular ningún juicio de valor. Simplemente comentamos el hecho de que el país parece inaugurar una nueva realidad sociológica como a su vez parece entrar en una nueva corriente ideológica.

Entendemos que las fuerzas que no aceptan que el país abandone su línea pública de afirmación cristiana para adentrarse en el marxismo han de reagruparse para ejercer presión sobre el nuevo gobierno y gravitar en el destino del país. Y en este momento, en que el Presidente electo quiere realizar un gobierno para veinte millones de argentinos, han de prestarle su apoyo para que el programa nacional y popular se cumpla dentro de una fisonomía cristiana, pues sólo así consultará los verdaderos intereses de la nación y del pueblo.

Creemos, en consecuencia, que se ha de prestar un amplio apoyo al Presidente electo y al programa que acaba de enunciar en sus recientes visitas a las repúblicas hermanas de Latino América. Pero creemos también que, sin prevención pero sin ilusiones, se ha de estar en estado de alerta, para que el país no se desvíe por una ruta peligrosa que le aparte de su destino de nación cristiana.

PRESENCIA.

EL PADRE HANCKO Y EL DIVORCIO

Advertimos a los lectores que el tono de benevolencia con que ha sido escrita la presente refutación —dada la calidad de la persona contra quien va dirigida— no los debe inducir a minimizar el mal y el escándalo que, en las presentes circunstancias de la vida pública del país, puede producir el artículo aparecido en "La Ley", el cual parece debilitar la indisolubilidad que por derecho natural corresponde a todo matrimonio legítimo. (Nota de la Dirección).

Difícil, si no imposible, resultaría encontrar algún ejemplar de la revista "La Ley" del 22 de febrero último. Tan grande fué el interés despertado por el artículo publicado en ella por el P. Hancko, que se agotó casi de inmediato, y la dirección de la revista se vió obligada a tirar una separata. El asunto no era para menos: ¡un jesuíta partidario del divorcio! El tipo medio del abogado liberal, divorcista, semicatólico y semimarxista, ufano del hallazgo, encontró allí un magnífico venero de argumentos para enfrentar a los cavernícolas.

Pero... ¿es divorcista el P. Hancko? Evidentemente no, aunque lo parezca. Ni podría serlo... Es, sencillamente, poco prudente, a mi juicio, su manera de encarar el problema que aborda, dadas las circunstancias de lugar, de oportunidad, de modo y de medio empleados. El P. Hancko parte de una premisa exacta, ajustada a la más rancia ortodoxia, pero llega a conclusiones que le apartan de la buena doctrina y que, *hic et nunc*, le colocan en situación por demás falsa y peligrosa.

Ningún católico medianamente culto ignora que el matrimonio canónico es el único casamiento válido que pueden concertar los fieles de la Iglesia, como tampoco ignora su ineludible corolario: el mero matrimonio civil, cuando de católicos se trata, es "torpe y abominable concubinato". El P. Hancko, hasta aquí, no hace más que recordar la advertencia repetida a diario en todas las ceremonias nupciales. Lo malo comienza cuando, luego de sacrificar en aras de la prudencia ciertos puntos de disciplina, quiere rectificar imprudentemente sus torcidas consecuencias.

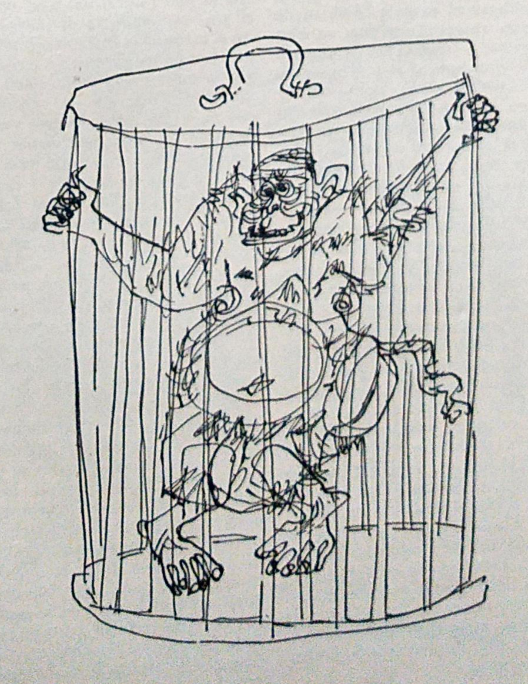
Está bien, requetebien, que el Estado reconozca efectos civiles al matrimonio canónico. La Santa Sede, que no se cansa de insistir en ello, en los concordatos concertados en estos últimos años ha puesto especial cuidado en dejar sentado el principio sobre bases sólidas y efectivas. Aunque ya no esté tan bien, puede admitirse, asimismo, como lo aceptan muchos concordatos, que el Estado reconozca pleno valor matrimonial a la unión civil contraída por católicos sujetos a la forma canónica. El P. Hancko no innova con respecto a la política de amplia tolerancia observada por la Iglesia, ya que la rebeldía contra sus disposiciones crea situaciones que escapan hoy a sus posibilidades de represión. Pero... aquí comienza el tembladeral.

Después de preconizar la tolerancia sobre tales uniones, alarmado por sus consecuencias, el P. Hancko pone todo su empeño en que sean disolubles. Sólo el divorcio vincular podría poner remedio a los forzados concubinatos legales resultantes, nos dice. Las imágenes de la mujer arrepentida de su sacrílega unión con algún sacerdote apóstata y de las personas imposibilitadas de contraer nupcias honestas por estar ligadas civilmente con quienes jamás debieron estarlo, le llevan a proclamar el divorcio legal como verdadera necesidad. Es, si bien se mira, el mismo género de argumentaciones anecdóticas traídas a cuenta por los divorcistas sin formación jurídica: ¿por qué Fulanita, que tuvo la desgracia de casarse con el borracho de Zutano, no ha de rehacer su vida? ¿Por qué Mengano, a quien tan mal le fué con la atorranta de Perengana, no ha de poder formar un hogar?..., etc.

Claro que en el caso del P. Hancko no se trata de una postura sentimental como la de los aludidos divorcistas, sino de una preocupación pastoral; pero desde el punto de vista jurídico (y este es un problema típicamente jurídico) tiene grandes semejanzas. En cambio, por lo general la Iglesia, con esa prudencia suya que armoniza tan sabiamente lo pastoral con lo jurídico, adopta otra actitud: trata de regularizar las uniones civiles y, en casos excepcionales en que ello no sea posible o conveniente, si el vínculo es civilmente indisoluble, recurre al extremo de prescindir del aspecto civil para cuidar sólo de lo fundamental. Resuelve el caso particular pero, lejos de preconizar el divorcio, el mero divorcio civil, prefiere que se mantenga incólume el principio de indisolubilidad.

Sería interesante seguir paso a paso los diversos matices que va señalando el P. Hancko en su trabajo. Pero no es éste el lugar. Creo sin embargo necesario precisar que tampoco aparecería en manera alguna justificada su postura divorcista en cuanto ataña a los matrimonios legítimos contraídos por personas no sujetas a la forma canónica. No sólo porque, como él mismo lo reconoce, se trata de matrimonios válidos ante Dios (y los reparos sobre posibles vicios en el consentimiento o la existencia de impedimentos fundados en el derecho natural podrían subsanarse con una legislación semejante a la del Brasil y otros países), sino porque no se ve qué ventajas de orden social podría acarrear la inestabilidad de tantos hogares, cuya constitución merece nuestro respeto.

Por lo demás, el P. Hancko no sólo es poco claro en ciertos puntos de derecho que habría sido conveniente dejar bien establecidos, sino que parecería quitar importancia al principio básico y fundamental sentado en el canon 1118: "el matrimonio válido *rato* y *consumado* no puede ser disuelto por ninguna potestad humana ni por ninguna causa, fuera de la muerte". El vínculo matrimonial, sacramentalmente contraído y consumado, es indisoluble. Inútil sería pretender demostrar lo contrario. La doctrina y la práctica de la Iglesia es uniforme e inconmovible. Decir, pues, que la disolución de un matrimonio válido ante Dios repugna al derecho



El gorila gorilaba
y el gorila goriló

actual y al bien común, no es una afirmación falsa ni rayana en la herejía, como él pretende, por más que sea menester distinguir entre matrimonio *rato* y matrimonio meramente legítimo.

Habría sido interesante que el P. Hancko expusiera con más nitidez la doctrina canónica y explicara, por ejemplo, qué consecuencias se derivan cuando falta en el matrimonio o el carácter de *rato* o la consumación del mismo; cómo y por qué la posible disolución del matrimonio rato, no consumado, no afecta el principio de indisolubilidad arriba sentado; cómo el privilegio paulino funciona en casos muy raros y excepcionales y en los cuales se trata, no de matrimonio rato, sino meramente legítimo; y cómo las situaciones contempladas en las constituciones "Altitudo" de Paulo III, "Romani Pontificis" de San Pío V y "Populis" de Gregorio XIII, se refieren a casos semejantes al del privilegio paulino en los cuales, por razones de hecho, o no son viables las interpelaciones al cónyuge presuntamente infiel, o no se puede establecer fehacientemente que exista un matrimonio válido anterior o resulta imposible determinar de entre varias esposas de una unión poligámica cuál reviste la condición natural de legítima... Y así el P. Hancko podría habernos ahorrado el esfuerzo necesario para suplir cuanto él omite al enunciar como una necesidad la implantación del divorcio civil, o cuando sostiene que la Iglesia también divorcia, que los matrimonios de los paganos desplazados en nuestro siglo son fácilmente disolubles, o nos sale con que carece de mayor importancia el reconocer o desconocer efectos civiles a un matrimonio o a un concubinato.

Pero, sobre todo, el P. Hancko parecería no tomar en cuenta un aspecto fundamental de las cosas. La legislación común, además de su oficio normativo corriente, desempeña una función formativa sobre la conducta moral de los ciudadanos. Como decía un antiguo código castellano, las leyes son "fuente de enseñamiento, o muestra de derecho o de justicia, o de ordenamiento, o de buenas costumbres, o guiamiento del Pueblo, o de su vida". Profunda verdad que los teólogos e iusnaturalistas, con Santo Tomás de Aquino a la cabeza, no han titubeado, a su vez, en señalar.

Y bien, por abusiva que sea la implantación del matrimonio civil absoluto, es evidente que peor sería acompañarlo del divorcio vincular. Al escándalo del desconocimiento de la sacramentalidad y de la jurisdicción eclesiástica, se uniría el de proclamar como principio básico de la ley, que ni siquiera en el orden natural fuese una institución firme e indisoluble. Porque si el laicismo injertado en la institución matrimonial es un serio factor que conspira contra la vida de la gracia en el pueblo cristiano, la destrucción de los fundamentos naturales de la unión conyugal incide directamente en el ordenamiento mismo de la conducta, en las concepciones éticas más elementales, en las últimas estructuras de la vida social.

Una aclaración final. En algunos concordatos la Santa Sede no ha hecho cuestión sobre el divorcio civil de los matrimonios civiles. Limitándose a valorizar el matrimonio canónico, ha dejado lo demás como estaba. Si aquí, en la República Argentina, algún día se obtuviese también el reconocimiento de los efectos civiles del matrimonio sacramental, no se ve por qué habría de exigir que se implantase el divorcio vincular para las uniones no sacramentales. Con toda seguridad, la Santa Sede prescindiría de tratar el asunto.

Empeñémonos, pues, en vigorizar el matrimonio canónico; tratemos de que los hijos de la Iglesia, los "christifideles", no empañen la inmarcesible belleza de este sacramento "grande en Cristo y la Iglesia" como si fuese una ceremonia accesoria de una simple unión civil; busquemos los medios de concordar las leyes del Estado con las normas canónicas, a fin de lograr cuanto antes para nuestro país, un leal entendimiento entre el poder temporal y el poder espiritual. Pero... no incurramos en el error de menoscabar en sus fundamentos éticos esas mismas leyes que querríamos concordar.

SANTIAGO DE ESTRADA.

LA UNIDAD NACIONAL

Los argentinos hemos votado una vez más. En todo el período previo a la votación existió una acentuada conciencia de la gravedad del momento y de las posibilidades que abría una elección acertada. Proclamada la victoria del candidato ganador, renace en todos el escepticismo que caracteriza a nuestro hombre de la calle, frente a la eficacia del hombre de gobierno. No es solamente el difícil momento por que atraviesa el país lo que lo provoca; peores situaciones han superado otras naciones airosamente, con buenos gobiernos. El ejemplo de la rehabilitación de la Alemania de pos-guerra, es señero en este sentido y no tiene punto de comparación con nuestro caso. Lo que sucede es que en la Argentina hemos sabido hacer de todo menos gobernarnos; y una larga tradición de desgobierno, o de mal gobierno, pesa mucho en nuestro ánimo, como para que nadie se atreva a ser excesivamente optimista. El nuevo presidente deberá vencer esa barrera de escepticismo; sólo así podrá restablecer el empuje histórico de nuestra vapuleada nación, su *élan* espiritual y vital. Pero la victoria sobre el escepticismo y el restablecimiento del *élan* vital —se me dirá— implica la solución de los innumerables problemas que hoy acucian al hombre argentino. Para que se restablezca la confianza en la política y en el gobierno, en una forma racional, y no por esa irracional necesidad de creer que nos ha impulsado esta vez a creer en Frondizi, después de tantos azares históricos como ha atravesado nuestro país; para que tenga una base real la recuperación del *élan* después del doble fracaso histórico del liberalismo antinacional y del antiliberalismo nacional; será necesario, sí, un principio de solución en todos nuestros principales problemas: el económico, el político, el social, el jurídico, el moral, etc. Sin embargo, el país no exige hoy una plena solución de todos los problemas. Basta con un principio de solución, con una voluntad de solucionar. Pero hay un problema que, ése sí, debe quedar plenamente solucionado durante la gestión de Frondizi, y no depende exclusivamente de él: el problema de la unidad nacional.

El mal más agudo de la Argentina actual, el mal radical, podríamos decir, ya que todos los demás se derivan de éste, es la división en lo sustancial. Y nadie está exento de culpa en la "causación" de ese mal. En nuestro país se gobernó siempre para un solo sector; el sector representado por el que, en el evento, detentaba el poder. Nuestra antigua clase dirigente fué impermeable a aceptar que los elementos populares pudieran ser considerados parte integrante de la nación. Cuando las clases populares llegaron al poder, la desterraron y asumieron a su vez la exclusividad de la gestión. En noviembre de 1955 se produjo nuevamente otro desplazamiento de sectores, a pesar de que el país estaba maduro para una solución de unidad nacional, que en ese momento se corporizó en dos documentos de aguda visión histórica producidos por el General Lonardi, el discurso-mensaje del 23 de septiembre y el documento del 12 de noviembre. Tras el golpe, el problema quedó postergado. Dos años de fracaso en todos los órdenes han demostrado en forma patente que el mal radical del país reside en que se encuentra dividido contra sí mismo. El Gobierno Provisional, por no haber querido emprender la tarea de la unión entre los argentinos, que era su principal, casi su única tarea, fracasó rotundamente en todas las demás. No hubo solución para el problema político: al cabo de su gestión el país votó en forma abrumadora contra el gobierno y el peronismo acrecentó su fuerza en forma tal que pudo decidir la elección; no hubo solución para el problema económico; nadie duda que, después de dos años de desconcierto, en este orden, nuestras riquezas siguen esperando; no hubo solución para el problema social: el descontento popular, las huelgas continuas, las intervenciones sindicales, el acrecentamiento del odio, son los mejores índices de ello; no hubo solución para el problema jurídico-institucional: la revolución que venía a restaurar el derecho no observó uno solo de nuestros preceptos constitucionales, ni respetó una sola de nuestras instituciones; y así se podría seguir analizando el fracaso de la gestión del gobierno de facto, tarea ya realizada por agudos periodistas, y enojosa a esta altura de los acontecimientos, aunque aleccionadora.

La lección es muy sencilla, y por eso hoy escribimos sobre la unidad nacional. El gobierno de facto demostró en los hechos (y por demostración "ad absurdum"), a los que todavía no habían visto claro en noviembre de 1955, que el país no puede retomar su camino y recuperar su *élan* histórico mientras siga dividido contra sí mismo. Dos años hubo que esperar para que permitiera votar y, en esa forma, habilitara al país para que se manifestara en forma ampliamente mayoritaria por la solución de unidad.

A los argentinos les gusta la revancha; se llenan de placer cuando ven caer de sus sitiales a pomposos funcionarios, obligados a cederlos a sus enemigos de ayer. Sin embargo, no es éste el día de la revancha, y parece que lo hemos comprendido así. Existe en el país la sensación de que están puestas las bases para la unidad nacional. En todos los sectores se clama por ella, y el nuevo presidente la erigió como bandera para su victoria electoral (al hablar de un programa para veinte millones de argentinos), lo que significa que, al votarla, el país manifestó su voluntad de unidad, por encima de la revancha menuda.

Hay un hecho índice muy importante: después de la elección de febrero, nadie se sintió derrotado. Evidentemente, los políticos de la U.C.R.P. y de los demás partidos minoritarios, y alguno que otro funcionario de gobierno muy comprometido en el "gorilismo", fueron derrotados, y así lo experimentaron. Pero lo más importante es que aún quienes votaron contra el candidato ganador piensan que no están derrotados y que pueden aceptar buenamente la salida que el país eligió. Es ésta una buena disposición del ánimo de los argentinos; un buen punto de partida para la unión. Si Frondizi sabe comprender y encauzar ese sentimiento hacia la unidad, tiene solucionada la mitad de sus problemas; si este estado de espíritu continúa predominando por un plazo más o menos largo, no por ello dejarán de ser azarosos los pasos del nuevo gobierno en los demás órdenes, pero serán, eso sí, superables. Si se abre paso nuevamente el espíritu de facción, el país seguirá frustrándose a cada paso que dé.

La tarea de la unidad es ardua y peligrosa. Después de siglo y medio de vida independiente podemos, desgraciadamente, afirmar que todavía es inédita en nuestra patria. De allí el escepticismo de que hablábamos al comienzo. El hombre de la calle se pregunta hoy si el nuevo gobierno podrá realizar lo que ninguno ha podido hasta ahora: cristalizar, en una única gran empresa nacional, las voluntades dispersas de tantos intereses encontrados; dar una sustancia y un ser a un país que hasta ahora no los ha tenido, y que por esa razón se viene frustrando continuamente.

A esta altura de los acontecimientos conviene que hablemos claro, que no nos llamemos a engaño. La palabra Argentina es todavía solamente eso: una palabra. No ha llegado aún a representar un ser social donde se puedan descubrir notas de unidad que justifiquen plenamente la existencia de un término propio, claro y distinto. A una patria madura en un continuo de acción histórica y en un mo-

mento determinado se le puede dar un nombre separado. Se identifica en general ese momento con la independencia política, es decir, el momento en que, en el concierto internacional, adquiere el atributo de la soberanía. Ahora bien, si en el orden jurídico esa identificación es lícita, no sucede así en el orden histórico. La actuación política independiente suele cristalizar en la unificación histórica al crearse los vínculos y los módulos de acción comunes entre los integrantes de la sociedad independizada. Todo ello corporiza en una entidad con personería propia y con notorias especificaciones respecto de otras naciones. Recién entonces se puede hablar de "nación" desde el punto de vista histórico.

El proceso es generalmente largo, y en nuestra patria no podemos afirmar que se encuentre totalmente cumplido. De estarlo, debería existir entre los argentinos la conciencia común de pertenecer a una única gran empresa nacional, conciencia que los ligaría entre sí para las cosas sustanciales y que haría mucho menos graves las disensiones en el orden de lo accidental.

Lo que entre nosotros se ha dado en denominar "oligarquía" carece absolutamente de ese sentido de lo nacional, no acepta la posibilidad de compartir francamente una empresa común con las clases populares, no acepta la necesaria participación de éstas en el desarrollo de una vida común que sea realmente fecunda en todos los órdenes. Sin embargo, la oligarquía se está transformando; está naciendo una nueva clase de industriales y comerciantes enriquecidos que no están incursos en la anterior acusación. Su riqueza ha nacido del trabajo argentino y continúa dependiendo de él. Este hecho hace que se sientan más vinculados a los que son fuentes de su riqueza, y más obligados a concederles una participación en su prosperidad. Fuera de ellos, el ámbito de los profesionales, magistrados, funcionarios, empleados y demás integrantes de la clase media, ingresa cada vez más, por razones de oficio, en ese engranaje de unidad que está conformando nuevas estructuras al margen de nuestras antiguas instituciones del liberalismo. El país está cambiando de forma y la evolución parece beneficiosa para una tarea de unión nacional, tarea en la cual la llamada "oligarquía" podrá participar si llega a la comprensión de los nuevos planteos.

Ahora bien, Frondizi es hombre representativo de esta nueva forma de que hablamos, por ello puede resultar apto para el esfuerzo de unidad en ciernes. El riesgo consiste en que al emprenderlo no reconozca debidamente los valores acreditados que nos vienen de nuestra vieja tradición cristiana e hispánica. En los momentos históricamente revolutivos, el error más probable es el rechazo en block de todo lo pasado. El hecho de que un siglo y medio de vida independiente no haya podido cimentar plenamente una unidad nacional, no significa por cierto que no haya podido cimentar una serie de valores aptos para esa unidad y buenos por sí. El discernimiento y la prudencia, virtudes esenciales de un gobernante, deben extremarse en los momentos de evolución acelerada, para poderse evitar las injusticias históricas. Todo argentino tiene hoy derecho al reconocimiento de los valores que representa y que prudentemente deben ser reconocidos por el nuevo gobierno en la tarea de armonización de intereses que está llamado a realizar. La aguda contemplación de la realidad permitirá el descubrimiento de esos valores y su jerarquización en la vida comunitaria.

Creemos que el restablecimiento de la paz y del orden, después de tantos azares, la restauración del derecho, la plena vigencia de las garantías constitucionales, la amnistía amplia y total, y el gobierno para todos, comprometidos por el nuevo presidente en el curso de su campaña electoral, son puntos de partida excelentes para resolver el problema de la unidad nacional. Sin embargo, la historia es caprichosa y es imposible arriesgar todavía hoy un vaticinio. Esperemos que el curso de los hechos, confirme nuestras esperanzas. El éxito en la gestión del nuevo gobierno reportaría un bien incalculable a la comunidad argentina.

CARLOS ALBERTO QUINTERNO.

SACUDIENDO LA CORTINA

o las astucias del señor Jrushchov

Si los occidentales creen verdaderamente —como parecen indicar sus editorialistas más autorizados y sus "círculos generalmente bien informados"— que el ciudadano Nikita Serguéievich Jrushchov agregó el cargo de primer ministro de la URSS a su función de primer secretario del PC ruso para darse el gusto de tratar en plano de entera igualdad con los señores Eisenhower y MacMillan cuando la próxima conferencia de los Grandes se reúna, estamos listos para la cacerola. Desde hace cuarenta años que la URSS existe, ese tipo de promoción es justamente aquél que no significa nada porque, en Moscú, la función de primer ministro, puramente administrativa, se sitúa muy lejos del terreno de la gran política internacional. Como presidente del *Sovnarkom*, Lenin no tenía importancia alguna, ni dentro ni fuera de Rusia. Sacaba todo su poder de su dictadura que provenía exclusivamente de su dominación incontrastada sobre el partido. A su muerte, la función pasó a un personaje secundario, el incoloro Alexei Ríkov a quien Stalin despachó un día como se despacha a un auxiliar noveno, reemplazándolo por Mólotov, personaje inconsistente y enteramente sometido a sus voluntades que, como se sabe, eran absolutas. Y cuando el *vozhd* se resignó a agregar a sus funciones de Secretario General las de primer ministro, los motivos que lo impulsaban eran puramente de orden administrativo, vale decir que, con ello, se adosó la tarea de proceder personalmente a la coordinación burocrática de la nación en guerra que el mediocre *zelezhniy zad* era incapaz de asegurar sin pedirle órdenes diez veces por día. La guerra que la URSS sostenía entonces contra Alemania hacía necesaria la eliminación de toda pérdida de tiempo y de energía, y tal es la razón por la que el compinche de Ribbentrop tuvo que abandonar una función que en la URSS no es siquiera representativa, como puede serlo la del compañero Voroshílov, presidente del Soviet Supremo, es decir, presidente nominal de la república soviética, pero asimismo dotado de poderes menores que los de un simple secretario en el PC de la más centroasiática de las regiones autónomas. Jrushchov no necesita ser primer ministro para tutearse con Eisenhower o cualquier otro jefe de Estado o de gobierno occidental. El cargo, simplemente, le resulta útil para vigilar personalmente un frente interno que está revelándose demasiado complejo, esto es, para proceder sin interferencias burocráticas a la reestructuración de la sociedad soviética.

Su posición a la cabeza del PC le proporciona poderes suficientes para resultar, en toda conferencia internacional, el personaje más representativo de la URSS. Es dictador, y ello basta para Eisenhower, McMillan y Adenauer, como basta para los mismos rusos. Se ha dado el título por necesidades internas que hay que resolver en el plano administrativo en el momento en que la descentralización industrial decretada el año pasado hace deseable su presencia a la cabeza de una empresa de reestructuración que tiende a remodelar todos los sectores de una sociedad que el reaccionarismo y la ceguera staliniana habían llevado al borde del estancamiento.

Atribuir motivos de índole diplomática a ese paso del Sr. Jrushchov nos permite comprobar que, a los cuarenta años de revolución, estamos todavía tan a obscuras, en lo que hace a la realidad soviética, como en los días tenebrosos de Octubre y de la NEP, de los primeros planes quinquenales y de la Gran Purga. Es por ello que al empezar he dicho que estamos listos para la cacerola.

No sé si la conferencia preconizada —*y necesitada*— por el señor Jrushchov tendrá lugar algún día. Pero me temo que sí, porque la opinión pública del mundo llamado libre ha entrado en una de esas fases de bajo tono moral que recurrentemente obliga a sus dirigentes a dejar sentado que, en cualquier oportunidad, la paz ha de salvarse



Obras famosas: La Celestina

a cualquier precio. Aun cuando, como ahora, los rusos deseen menos que nadie hacer gestos que puedan llevar a un conflicto, aun localizado, y pongan en peligro las frágiles estructuras de su aparato político.

Nadie se atrevería ahora a negar que, en el momento de la conferencia de Ginebra, el Kremlin estaba enfrentando una situación interior de descalabro económico, social y político que le prohibía toda iniciativa en sus fronteras. Sin embargo, dicha conferencia le sirvió para acelerar los tiempos de su instalación en el Próximo Oriente, sin necesidad de disparar un solo tiro, aun por interpósita persona como había sucedido en Corea y en Indochina. Después de esta operación —la más económica del siglo, puesto que solamente con entregas de material de descarte le ha dado las llaves del poder político en El Cairo y en Damasco y le ha permitido llevar sus avanzadas estratégicas del Cáucaso al Mediterráneo oriental— no le queda más que esperar otra oportunidad.

Esta, como siempre, le ha sido brindada por nosotros, esto es, por los ingleses en su conjunto y una vasta porción de la opinión pública norteamericana con su voluntad de desarmar, que consiste en pagar menos impuestos para vivir más cómodamente. Los rusos han sabido aprovechar esta baja de tono —preanunciadora del retorno al poder de los laboristas y de los resabios del roosveltismo— con su anuncio de que, en el futuro, no procederán ya a ninguna prueba atómica más. Pero este anuncio también tiene otros motivos.

No se ha atribuído mucho relieve, en efecto, a la noticia de que Alemania occidental iba a lanzarse en la carrera atómica. Sin embargo, esta noticia es la que ha preocupado a los rusos más que cualquier otra, porque saben que los muy adelantados estudios teóricos realizados por los alemanes están a punto de entrar en la fase experimental que, si tenemos en cuenta la productividad alemana, sólo puede ser breve y determinante. Una vez realizado, este paso crearía a expensas de la URSS un nuevo margen desfavorable que, esta vez, sería imposible de colmar, salvo con un recurso inmediato a las armas capaz de eliminar a Alemania antes de que sea demasiado tarde, pero que, necesariamente, provocaría el estallido de un tercer conflicto mundial. Para Jrushchov la disyuntiva es cruel: o bien —ahora mismo— invade Alemania para anularla, pero Estados Unidos reacciona de inmediato con todo el peso de sus armas y de su productividad industrial; o bien la deja completar sus armamentos, y ello implica riesgos insalvables para mañana.

Ahora bien; una Alemania dotada de poderosos armamentos termonucleares es más peligrosa para los rusos que Estados Unidos, incluso que Estados Unidos dotado de *rockets* intercontinentales, porque entre Alemania y la URSS existen problemas políticos y estratégicos insoslayables: el de la unidad y el de los territorios arrancados más allá del Oder-Neisse, cuya recuperación por todos los medios figura impostergablemente en la dinámica del germanismo resurgente. Por el contrario, los problemas que existen entre Rusia y Estados Unidos no obedecen a ninguna urgencia inmediata o mediata, puesto que ambas potencias, aun cuando llegasen al borde extremo del conflicto armado, podrían ponerse de acuerdo para solucionar sus contrastes sin disminución sensible de prestigio e incluso de seguridad estratégica, porque ninguna de ellas se encuentra en la necesidad de arrancar territorios o posiciones a la otra. Mientras tanto, el problema de la unidad germánica, con una Alemania occidental dotada de poderosos armamentos nucleares, se volvería extremadamente urgente, y el abandono de los territorios germánicos irredentos significaría para los rusos una pérdida irremediable de prestigio y un descalabro estratégico incurable con repercusiones demoledoras inmediatas en los países satélites. Si a ello se agrega, siempre en el orden estratégico, que una Alemania superlativamente al día en materia de armamentos se transformaría automáticamente en la principal potencia europea y realizaría a su alrededor esa agrupación continental que los rusos temen más que cualquier otra cosa, se entrevé claramente el porqué exacto del movimiento emprendido por el Kremlin con el anuncio formulado por el señor Gromiko ante el Soviet Supremo en materia de pruebas atómicas. Una Europa continental agrupada alrededor de Alemania implica la explotación mancomunada del continente africano por París y Bonn (con la colaboración eventual de Roma y de Madrid), y ello significa el final de todo movimiento de secesión en Argelia, la integración inmediata de Marruecos y de Túnez en este sistema y, por vías de consecuencia, el desahucio del *bikbashi* de El Cairo y de su flamante y carcomida al nacer República Arabe Unida. ¿Qué podría hacer Inglaterra en semejante eventualidad? Es evidente que ante la constitución de la comunidad política, económica y *militar* eurafricana que, innegablemente, figura en los planes de París y de Bonn, a Londres sólo quedaría integrarse o replegarse sobre posiciones incurablemente secundarias en el concierto internacional. Tal es la razón por la que MacMillan desea tan fervientemente como Jrushchov una nueva conferencia en la cima, porque, como Jrushchov, sabe que, en lo inmediato, la salvación de Inglaterra sólo puede salir de una neutralización de Alemania conforme a las grandes líneas del plan Rapacki que, por responder tan evidentemente a los deseos de Londres, parece trazado mancomunadamente por el Foreign Office y el Kremlin. ¿Por qué creen que Chipre perdió tanto de su aspereza en los últimos meses? Porque es el resultado de un acuerdo tácito entre Londres y Moscú. *Do ut des...*

Hoy por hoy, con todas las variaciones, más secundarias que profundas, determinadas por una coyuntura muy fluída pero no por ello difícil de explorar, el mundo sigue dividido en dos bloques, pero se trata de dos bloques que, esta vez, se deshacen: el occidental, en que Norteamérica vacila, Inglaterra traiciona y Europa continental se despierta ante la necesidad de actuar enérgicamente para salvarse por sí sola; el bloque comunista, en que Rusia acelera hasta el riesgo de estallar el ritmo de su reestructuración para no dejarse superar por una China por ahora amiga, pero enemiga mortal de mañana, en que los países de la Cortina esperan una mejor oportunidad para pasarse al enemigo. Entre ambos, fluctuante y día a día más inseguro en lo que hace a su porvenir, el bloque de las naciones neutrales que esperan una definición en uno u otro sentido para plegarse al más firme de los bandos.

Norteamérica y Rusia no quieren la guerra. La primera porque su opinión pública está hondamente atemorizada y, sobre todo, porque la militarización de sus órganos vitales —de todos sus órganos vitales— no hace más que empezar; la segunda porque sabe que, de no alcanzar triunfos incuestionables en los primeros días del conflicto, las naciones cautivas se liberarían, China tomaría parte en un festín que figura en letras de fuego y de sangre en su milenaria dinámica histórica, y porque el Sr. Jrushchov no puede ignorar que, aun cuando haya derrotado a Eisenhower en la ionosfera, su productividad industrial —esto es, su posibilidad de producir indefinidamente cantidades masivas de superarmamentos y de armamentos clásicos— se sitúa en índices incurablemente inferiores a los norteamericanos.

¿Entonces? Entonces, puesto que, en términos políticos y estratégicos, no puede haber guerra entre los dos bloques por el momento, al Occidente se ofrecen dos posibilidades que, lejos de excluirse, se complementan y se complementan.

La primera es la constitución inmediata del conjunto eurafricano del que acabo de hablar, constitución a la que Alemania y Francia se han abocado a partir del momento en que el descubrimiento de los petróleos saharianos ha dado cuerpo a los proyectos vagamente federalistas con que, desde hacía diez años, algunos utopistas querían soslayar el peligro de guerra con promesas de conjetural prosperidad económica que no se basaban en nada concreto. Ahora bien; como, para ser viable, ese conjunto tiene que ser, no ya neutralista y desarmado, sino fuertemente militar, es obvio que tendría necesariamente que apoyar sus espaldas en el bloque americano, que constituiría su pulmón y su retaguardia estratégica frente al bloque comunista, necesariamente hostil, puesto que una Europa unificada política y estratégicamente implica una enérgica acción de afirmación a expensas del Este.

La segunda posibilidad radica en la delimitación precisa de las zonas de influencia de atribuirse a Euráfrica y a América, cuyos intereses están igualmente amenazados por el sistema estratégico ruso. La zona de influencia eurafricana se define por sí sola con sus proyecciones próximorientales. La zona de influencia americana encuentra su terreno natural en el Pacífico y el Indico con sus proyecciones en Asia sudoccidental, el Japón y Australasia.

Repito que, lejos de excluirse, ambos sistemas se complementan. Y se complementan tan claramente que ellos solos pueden llevar a la anulación de la URSS en el terreno estratégico, a la neutralización —por lo menos momentánea— de China, a la transformación de la India en zona estratégicamente útil y del Japón en placa giratoria para la reintegración del continente asiático en un conjunto político-económico puesto al abrigo de sacudidas peligrosas.

En cuanto a las naciones subdesarrolladas que, con su afroasiatismo impotente (por cuanto saca su pujanza de la audacia que le brindan el expansionismo soviético y la pusilanimidad occidental) basan su acción política en el lema "dinero o comunismo", no resultaría difícil hacerlas volver al sentido de una realidad más sencilla. Sería suficiente, como sugiere George F. Kennan, abandonarlas a su destino. Sus dirigentes saben perfectamente que el comunismo es su peor enemigo, porque, para el comunismo, sólo son vulgares burgueses nacionalistas utilizables hasta que llegue el momento de ahorcarlos. Sobre todo, saben que la URSS no alimenta el deseo —porque no tiene la posibilidad— de proceder a la industrialización de los territorios que gobiernan. La URSS no necesita a un Egipto con altos hornos y modernas vías de comunicación; sólo necesita los algodones y los cereales del valle del Nilo adquiribles a precios irrisorios para dar de comer y vestir a los rusos. No necesita una Siria dotada de una sólida industria pesada y de una marina mercante suficiente; sólo necesita los petróleos de la península arábiga para dar carburante a su ejército, su aviación y su armada.

En fin de cuentas, la URSS, que no puede proceder a la expansión

PRESENCIA

Aparece el 2º y 4º viernes de cada mes

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Independencia 1194 T. E. 26 - 3265

Se imprime en casa de don Domingo E. Taladriz, San Juan 3875, Bs. Aires.

Precio del ejemplar .... $ 4.—
Suscripción a 12 números .... $ 48.—

de su industria sin someterse a sacudidas prolongadas, está en la imposibilidad de equipar industrialmente al conjunto de esos países insatisfechos. Obligarla, pues, a tomar a su cargo, *hic et nunc*, la solución inmediata de los problemas económicos y sociales del Asia sudoccidental, de los países árabes, anularía sin remedio los actuales efectos de su propaganda, basada justamente en el pretendido carácter ilimitado de sus posibilidades económicas. La astucia del señor Jrushchov no tiene otro sentido.

ALBERTO FALCIONELLI.

P. D. - Quedarían, por supuesto, muchas cosas por aclarar, singularmente en lo que hace a la posición de nuestro país: 1) frente a los dos bloques aún nominalmente existentes; 2) frente al trabajo de reestructuración que está dibujándose en el campo internacional. Con respecto a lo primero, tengo poco que decir a partir del momento en que un diplomático insigne como el Dr. Alejandro Ceballos, canciller en disolución, formula declaraciones según las cuales, a su parecer, "cada vez se va haciendo más evidente la posibilidad de un entendimiento entre los dos grandes grupos" (*United Press*, 8 de abril de 1958). Como dicen los italianos, *la lingua batte dove il dente duole*, y del Dr. Ceballos nadie ignora que su diente más sensible —si es que, a su edad y en su estado de desintegración, que no es solamente política, le queda alguno— es anglosoviético. Sus amores están en Londres y su vicio en Moscú, de suerte que su lengua se mueve exactamente en el sentido deseado por los Sres. McMillan y Jrushchov. Allí donde no hay más que desacuerdos y estridencias, el Dr. Ceballos sólo ve buena voluntad y armonía. Allá él, que se va el 1° de mayo. Pero nosotros quedamos y queda el país. Y si el país queda en esas condiciones, el asunto se vuelve calamitoso. Como no puede haber "entendimiento entre los dos grandes grupos" sino en la medida en que ello convenga a los intereses estratégicos de los rusos, deberíamos saber desde ya con quién estamos dispuestos a colaborar para no permanecer, como siempre, fuera del banquete. Nuestra posición geográfica, las condiciones de nuestra economía, el lugar —inevitable— que la geopolítica nos asigna en el juego estratégico mundial y, consecuencia de ello, la necesidad vital en que nos encontramos de eliminar sin demora la hipoteca inglesa, todo ello contribuye a determinar el papel que nos conviene en el tablero internacional, incluso si ese papel no resulta enteramente del agrado de los Sres. McMillan, Jrushchov y Ceballos. ¿Qué puede darnos, en todo sentido, el Reino Unido de Gran Bretaña más seguramente y en mejores condiciones que Estados Unidos y, subsidiaria pero muy concretamente, Alemania, Italia, Francia?

El gobierno de Su Graciosa Majestad está realizando esfuerzos desesperados para bloquear toda iniciativa que, en Europa y en América latina, pueda suscitar la preocupación de los rusos y, para ello, abandona a sus aliados más seguros. Su proyectado *leadership* atómico con Estados Unidos no tiene otro sentido, puesto que, de realizarse, Europa occidental se transformaría en presa indefensa para Moscú y, de refilón, le proporcionaría a Londres suficientes recursos para obligarnos a seguir formando parte de su coto económico.

Si, por las razones que hemos visto, no puede haber guerra antes de que transcurra mucho tiempo y si, además, el gobierno de Washington sigue alimentando su actual repugnancia con respecto a ese impensable *leadership*, la respuesta es evidente: nuestro lugar, pese al Dr. Ceballos y otros compañeros de ruta, está con Norteamérica y con Europa occidental, según modalidades que pertenece trazar al gobierno que se constituya el 1° de mayo, con bastante autonomía en la acción y libertad en los propósitos para comerciar incluso con el Este. Sin que ello se parezca al chantaje nasseriano frente a Estados Unidos.

SOBRE POLITICA Y NACION

Todo tiempo final entraña un espejismo. El espejismo de confundir —aun a las mejores mentes— en el planteo de las soluciones. Es la misma argucia que la enfermedad emplea para sobrevivir como tal y destruir definitivamente el organismo en que se ejerce: el presentarse accidentalmente bajo formas diversas y confundir al médico que no acierta así a poner remedio al mal verdadero.

Este espejismo es al pensador de nuestro tiempo lo que la argucia de la enfermedad al médico. Y el espejismo consiste en producir una confusión de perspectivas en las que el observador queda atrapado sin poder descender al fondo mismo del problema. Tal, concretamente, la búsqueda de remedios en el planteo de lo político. Lo político como tal, con ser importante, aparece, al fin de un análisis, como resultante, como accidente. Y en torno a este punto ceñiremos nuestro trabajo. Entremos en materia.

1

La nación es un complejo cultural formado primariamente por factores religiosos y espirituales. Lo religioso va inescindiblemente unido al concepto de cultura como que toda cultura en cuanto esfuerzo humano transformador de las cosas ha de estar orientada, positiva o negativamente, hacia un más allá trascendente a sus propias realizaciones objetivas. Así defínese la cultura como una forma de vida organizada que se basa en una tradición común y que es condicionada por un ambiente común. Cultura no es civilización ni sociedad. Pues la una admite un elevado grado de racionalización consciente y se distingue de la última porque la cultura incluye un número de unidades sociales independientes. La cultura es como la forma de la sociedad; de suerte tal que cuanto más fuerte sea aquélla mejor formará y transformará el material humano de ésta. Síguese como corolario que los elementos formativos de toda cultura son un sistema de vida común, lo que implica necesariamente común concepción de vida, comunes normas de comportamiento y tipos comunes de valores. En definitiva es una comunidad espiritual que debe su unidad a creencias y modo de pensar comunes más que a cualquier uniformidad de tipo físico.

Sostenemos, pues, que lo cultural es el elemento primordialmente formativo de lo nacional y que sin él la nación no puede darse.

La palabra de Pío XII en este sentido es significativa. Dice el Pontífice en el mensaje de Navidad de 1954: "La vida nacional es por sí misma el conjunto operante de todos aquellos valores de civilización, que son propios y característicos de un determinado grupo, de cuya unidad espiritual constituyen como el vínculo. Al mismo tiempo esa vida enriquece la cultura de toda la humanidad, dándole como su contribución propia. En su esencia, la vida nacional es algo no político, de tal manera que, como lo demuestra la historia y la experiencia, puede desarrollarse junto a otras dentro del mismo estado, como también puede extenderse más allá de los confines políticos de éste".

Esta verdad es de directa comprobación histórica. La *polis* helénica es la nación del griego. La *polis* se asienta sobre un hecho cultural intransferible formado por un elemento fuertemente religioso. La ciudad griega es consecuente consigo misma al decretar la muerte de Sócrates. No hace más que defender su ser —primera ley de toda existencia—, ser cultural-religioso, destruyendo a quien lo niega.

La Roma de los primeros tiempos es similar a la polis griega. Cuando Roma-nación se agranda, lo hace en la medida en que incorpora nuevas culturas a su patrimonio inicial. La asimilación de los dioses a sus propias divinidades y el respeto de las costumbres de los pueblos conquistados no sólo es acto de buena política como quiere Montesquieu. Es algo más que esto. Es una conciencia de ensanchamiento y perspectiva histórica de la nación, sabedora que sólo puede cumplir su vocación de imperio en cuanto por asimilación de culturas edifique una cultura común. Y esto es lo grande y lo aleccionador de Roma. Y esto es lo que la hace imperio y "caput inter urbes", como la define el más romano de los hombres no nacido en Roma: Virgilio, otro conquistado al fin.

Cuando en los altares griegos se adora a la diosa Roma y cuando el emperador Caracalla suprime por decreto la distinción que existía desde la conquista romana entre el pueblo dominador y los pueblos conquistados, Roma ha logrado su propósito: formar una cultura común que admite en su seno culturas particulares pero de causalidad menor, sobre la que se asienta y alimenta una forma política: el Imperio.

La aparición del cristianismo implica la presencia de una dimensión ignorada: la gracia. Y con ella la apertura de un orden sobrenatural que eleva sin destruir al humano o de naturaleza propiamente. El cristianismo cristianiza al Imperio y al Emperador. Y esto debe ser tomado con todo el rigor y la profundidad que los términos encierran. El cristianismo va a ocupar la cúspide de una concepción del mundo y de la vida informando todas las realizaciones y las formas subyacentes. A una cultura y a un estado que se reconocían fines en sí mismos se les abre una finalidad superior y trascendente. El orden de naturaleza se abre para sobreelevarse en el orden sobrenatural y la perspectiva humana se prolonga en una línea humanodivina donde lo humano como tal es asumido y plenificado por lo divino. Si la latinidad poseyó una verdad, ésta se integra en la Verdad del cristianismo, ya que toda verdad pertenece de hecho y de derecho a éste. Y el cristianismo recibe como herencia la unidad cultural forjada por Roma.

El ocaso del Imperio es la aurora del futuro patrimonio, basamento de todo occidente. El Imperio muere pero vive. Muere como cosa política, sobrevive como realización cultural. Y siendo la cultura, como arriba decíamos, una comunidad espiritual, el titular y guardián de este patrimonio cultural es el príncipe espiritual de todos los hombres. Su supervivencia asegúrase en la continuidad del mismo papado. Roma es cabeza de esta cultura; pero Roma ya no pertenece a César. Ahora reina en ella Pedro.

Al amparo y guía de esta cultura se van a crear y transformar las culturas particulares. Es que la cultura latinocristiana ejerce una causalidad más universal sobre las culturas particulares. Y en derredor de estas últimas van apareciendo las vidas nacionales o más simplemente las naciones. Pero una finalidad y un sentido les es común. Es la noción de principio y de fin en Cristo. Y esta totalidad de culturas identificadas en un sentido que trasciende y sobreeleva sus individualidades es, propiamente, la esencia de la cristiandad, la *respublica christianorum*.

La dicotomía que introduce el pensamiento postmedieval entre naturaleza y gracia, orden divino y humano, consigue quebrar el *orden* en la esfera del pensamiento. La Reforma en vigor lo hará trizas en la práctica.

Si Dios es frío objeto de especulación y ya no la fuente de toda vida y el sostén de toda institución, Cristo no puede ser principio ni fin de la comunidad espiritual establecida sobre las naciones.

Desaparecido este supremo desideratum que vinculaba más allá de toda raza y de toda lengua, las culturas nacionales pierden el fin que les servía de objeto a su trascendencia. Y como la *libertas a Deo* es *servitus peccati*, al liberarse del Fin, se esclavizan a las cosas y se encierran en sí mismas.

Esta es la revolución, la gran revolución de las culturas. Estamos a un paso de la aparición de las naciones, en la dimensión conceptual que el término encierra para la modernidad. La Protesta cuestionando la autoridad del Papa significa la inversión ontológica del hombre hacia el mundo y la negación del título de guardián del orden supracultural edificado en Cristo. Richelieu prefiriendo la supervivencia de Francia a la sal-

vación de la Cristiandad es la nación reconociéndose supremo valor humano salvable sin un allende que la justifique y sustente. Dios ha muerto. La Nación es Dios. Maquiavelo lo sabía muy bien.

2

Esta delimitación del concepto de política no surge tras un inquirir por el ser de lo político en cuanto tal. No intentamos ni una metafísica ni una deontología. Es sencillamente un encuadramiento sociológico del término.

En tal sentido lo político revélase como la forma jurídica por la cual la nación se manifiesta estado o integrante de un estado. Esta definición nos parece fundamental. Porque admitidos tales términos, y a ellos circunscripto el problema, se sigue que la nación es el soporte de toda vida y estructura política. Lo nacional, con la riqueza y pluralidad de elementos que encierra, es la materia en la que adviene el hecho a través del cual se estructura el estado. Adviértase que antes decíamos que por lo político la nación reconocíase estado o integrante de un estado. Y es que un estado no exige necesariamente una nación. Admite varias vidas nacionales o naciones en su ámbito. Pero siempre necesita una sobre la cual ejercerse. Canadá abarcando dos vidas nacionales diferentes es el ejemplo típico.

La nación es a manera de un *supositum* de lo político. Es que no es pensable un estado que no se asiente sobre una vida nacional a la que sirve y de la cual es, en última instancia, expresión.

Hay una relación de causalidad indestructible. En tanto más rica sea la vida nacional considerada como complejo cultural, tanto mejor ha de ser la forma jurídica por la que se remate todo el ordenamiento. Es decir, tanto más plena y auténtica será la política. Adviértase que se esconde tras todo esto una verdad de más vasta perspectiva. Porque si admitimos que lo cultural debe estar referido a un allende sí mismo en trascendencia, cuyo remate y fin es Dios, y que la tabla valorativa de cada cultura es esa suprema correlación entre el esfuerzo humano colectivo por una continua transformación de las cosas y Dios, entonces es preciso conceder que mejor cumplirá la política su fin de acercamiento de estado y súbdito al Bien Común universal en cuanto mejor se oriente lo cultural —formativo de la nación— hacia una suprema posesión del Verbo.

En lo nacional está potencialmente lo político. Y lo nacional, conteniéndolo y determinándolo, supera a lo político por esta anterioridad de naturaleza. De ahí que el ser de lo político esté subordinado al ser de lo nacional. De ahí que lo político deba seguir y servir a lo nacional.

La gran falacia del liberalismo es haber comenzado por disociar en categorías autónomas estos dos conceptos diversos pero subalternados. De la no sujeción de lo político a lo nacional surge una política de pura ficción, ideal, sin fundamento en las cosas. La política se torna abstracción, puro nominalismo que juega con vacuidades.

El liberalismo aparece con la revolución de las culturas que arriba señaláramos y se continúa con la revolución de las políticas. Ambas subversiones caracterízanse por un deseo de no sujeción a órdenes superiores. Las culturas a una cultura más universal y por lo tanto aglutinadora de las "subculturas"; las políticas en el afán de desposeerse de la subordinación a lo nacional.

Sólo en el segundo caso han obtenido pleno triunfo y una victoria parcial en el primero. Han logrado separar a la política de su fuente, pero aun cuando logran desvincular a las culturas de una comunidad espiritual más vasta que ellas, no han logrado cercenarlas en sus individualidades. Estas mantiénense, por tanto, íntegras en sus exigencias y virtualidades, y aún en una aspiración no cumplida de integración en una órbita más vasta.

Las culturas, con lo positivo que encierran, a través de la vida nacional que producen, sirven aún de fundamento a una política negativa que al tiempo en que se autofirma como autónoma, se autoniega. Así, la infraestructura de la vida nacional francesa corrige el error de su política antinacional.

El segundo paso de la política independizada es querer subordinarse la nación. Y a esto se lo llama política nacionalista.

Pío XII, en el Mensaje antes citado, dice: "la substancia del error (del estado nacionalista) consiste en confundir la vida nacional, en sentido propio, con la política nacionalista: la primera, derecho y honor de un pueblo, puede y debe promoverse; la segunda, como germen que es de infinitos males, nunca se rechazará suficientemente".

¿Y cuándo se opera la subordinación? "Cuando comenzó (la vida nacional) a ser aprovechada como medio de fines políticos; esto es, cuando el estado dominador y centralista hizo de la nacionalidad la base de su fuerza de expansión. Nació entonces el estado nacionalista, germen de rivalidades e incentivo de discordias."

Es el error de los regímenes fascista y nacionalsocialista. Es una extorsión del concepto de nación de donde hacen surgir una política expansionista que busca el sometimiento y no la integración de las otras nacionalidades. Estos regímenes autodefiniéndose como antiliberales continúan siendo liberales y aún superan el error liberal. Ya no sólo hacen independiente la política sino que pretenden subordinarle la nación.

En tal sentido no nos parece legítima una política nacionalista. Sí sería valedero hablar de un nacionalismo político en razón de que toda política debe aspirar a radicar y fundarse en la realidad viva y concreta que es la nación.

El liberalismo y el marxismo, como su consecuencia necesaria, han edificado la política sin su fundamento. O, por mejor decir, han suplantado al verdadero soporte por otra base ideal.

El *sujeto* de lo político es lo que Péguy sintetizaba como la "patria carnal" y que Maurras en "Votre bel aujourd'hui" definía como: "los campos, los muros, las torres y las casas; las tumbas y los altares; los que viven, padre, madre y hermanos; niños que juegan en los jardines, campesinos que labran, jardineros que cuidan rosas, comerciantes, maestros, artesanos, obreros, soldados. . ." Nada más concreto.

Pero el nuevo basamento se perfila en los versos del romántico de 1840: "Je suis concitoyen de tout homme qui pense / la vérité c'est mon pays". . .

Lo concreto nacional no existe y aparece una política abstracta de un país abstracto y convencional. Según esto, el patriotismo español, por poner un caso, consistiría en defender una idea y una fe profesada en España y por ciertos españoles. Esta postura que rechaza lo real y concreto, hermana en una fe sin substancia ni objeto a hombres de diversas culturas que no admiten esas culturas. Es la base de un universalismo no cristiano.

3

La política debe servir a la nación. Este es el verdadero nacionalismo. Y debe servir a la nación porque toda política debe suponerla. Sujeto en el que se apoya, materia en la que se ejerce, toda independencia entre ambos términos vacía a uno de sentido y deja huérfano de expresión final al otro. Desde 1789 la batalla —al menos visible— entre derechas e izquierdas, progresistas y reaccionarios o liberales y católicos se ha dado en la arena política. Pero el liberalismo había provocado anteriormente lo que nosotros llamamos la revolución de las culturas. Tomar el Estado era cuestión de tiempo.

La derecha ha puesto todas sus energías en un combate político. Pero, cayendo en la falacia liberal de la autonomía de los dos órdenes, ha visto el efecto y no la causa profunda que lo producía. De ahí también lo circunstancial de sus triunfos. Cuando Luis XVIII asciende al trono flanquean su escolta los generales napoleónicos y la burguesía enriquecida a costa de confiscar los bienes del clero y la nobleza. Visiblemente triunfaba, verdaderamente aceptaba la misma revolución que combatía. Todo estaba restablecido y nada restaurado.

Las culturas nacionales, sin una cultura más universal que las aglutinara, quedaron atomizadas y separadas unas de otras, aun cuando, por un dinamismo propio de sus naturalezas, aspirasen a esa trascendencia nunca más realizada.

Y estas culturas y vidas nacionales han quedado olvidadas por la acción de las derechas que se invertían íntegramente en las luchas políticas. Sin duda, hay aquí también una verdad. Es que la acción política puede reinfluir sobre la vida nacional.

Confundidos por el ejemplo del liberalismo que aparentemente había roto el orden católico por el solo hecho de ganar los resortes estatales, se circunscribieron a una acción de ese tipo.

Era preciso ir más hondo, cavar hacia un más allá lo político, penetrar en ese depósito que forman los "muros, torres, tumbas y monumentos, vivos y muertos", en la esencia de la comunidad espiritual que determina y es toda cultura. Por eso también toda solución política para y en la política es más o menos eficaz, nunca podrá ser definitiva.

Lo que importa es restañar la sangre de las culturas y de las vidas nacionales. Planificarlas, vivificarlas y elevarlas por último en una línea vertical. La verticalidad de sentido que debe poseer la nación en la que se integra su política, se traspasa a sí misma, se asimila con otras políticas y naciones y se ordena, como totalidad, a Dios.

JORGE LABANCA

SUMARIO